

Y no tuvimos ninguna sorpresa porque demasiado sabemos que las clases directoras de Centro América desconocen la psicología del pueblo centroamericano, precisamente porque ignoran su historia.

La guerra civil de legitimistas y democráticos en Nicaragua que precedió a la Guerra Nacional y la preparó, debe ser cuidadosamente estudiada tanto en lo concreto de Nicaragua como en sus relaciones con cada uno de los otros cuatro Estados, con las consecuencias que para México y Estados Unidos tuvo la guerra entre ambos países de 1847 a 1848 (en la cual nuestra Honduras se irguió como el Alcalde de Móstoles), con las consecuencias del Congreso Latinoamericano de 1848 en Lima y con las consecuencias del tratado Clayton-Bulwer en 1850 y la guerra de Crimea en 1854.

En lo que concierne a las consecuencias de la guerra entre Estados Unidos y México, nuestra Guerra Nacional fue un capítulo anticipado de la guerra separatista que estalló en 1861 y terminó en 1865.

El aserto de Reclus sobre este tópico sería exacto si no lo concretara exclusivamente a la batalla de San Jacinto (que se libró entre nicaragüenses y filibusteros de distintas nacionalidades, pero procedentes de Estados Unidos y con mayoría de estadounidenses).

La primera batalla de esa guerra en que Centro América derramó su sangre por la independencia se verificó el 20 de marzo de 1856 en la hacienda "Santa Rosa", a diez o doce leguas de Liberia, cabecera de la provincia de El Guanacaste en Costa Rica, y se libró entre nativos costarricenses y filibusteros.

La segunda, que fue mucho más sangrienta que la de "Santa Rosa" se verificó en Rivas el 11 de abril de 1856 entre nativos costarricenses y filibusteros (allí fue donde se inmortalizó el indio Juan Santamaría, originario de Alajuela y a quien se llamaba "El Erizo", por el pelo rizado y rizado de la raza india, que forma la mayor parte de nuestra sangre).

La tercera batalla fue en "San Jacinto", hacienda cercana de Managua, en la ya indicada fecha 14 de septiembre de 1856.

Después se verificaron las batallas de Masaya, Granada, El Jocote, el Río San Juan, algunas otras y sobre todo las de Rivas, donde el suelo quedó literalmente empapado de sangre guatemalteca, salvadoreña, hondureña, nicaragüense y costarricense, o sea sangre centroamericana. No se debe olvidar el combate naval de San Juan del Sur, entre el buque centroamericano 11 DE ABRIL, que nos envió el Perú y el buque filibustero

GRANADA. El primero voló en pedazos por el incendio de su santabárbara.

De consiguiente, el centenario de la Guerra Nacional no ha de enfocarse unilateralmente sobre la batalla de San Jacinto sino comprender en conjunto integral todas las acciones de armas grandes y pequeñas desde "Santa Rosa" el 20 de marzo de 1856 hasta Rivas el primero de mayo de 1857; y llegar a la segunda expedición de Walker que frustró el grande, el ilustre, el olvidado comodoro Paulding; y a la tercera en que un pelotón de nuestro Ejército de Honduras (la Alcaldesa de Móstoles en la guerra México-estadounidense) fusiló a Walker frente al mar Caribe en la Trujillo que fundó Las Casas, cuñado de Cortés y que organizó éste. La sangre del filibustero selló nuestra segunda independencia y fue el epílogo de la Guerra Nacional.

Poco menos de un siglo antes — de 1779 a 1783 — habíamos tenido la primera guerra nacional o la precursora de ésta cuando Matías de Gálvez formó el primer ejército centroamericano para batirse contra los ingleses en defensa de los Estados Unidos, luchando por su independencia.

En este año, de centenario tan decisivo, debemos rendir nuestro respetuoso y fervido tributo de admiración y gratitud a los héroes de la Guerra Nacional y dentro de ese atributo reclamar la in-

tegración de la patria reivindicando el territorio de Belice.

El Partido Unionista Centroamericano desarrollará un programa que haga vivir en el recuerdo el centenario que señala uno de los rumbos que el destino marca a la nación centroamericana y que haga despertar en todos los ámbitos del territorio centroamericano el anhelo imperativo de recuperar Belice.

Están listos, para cooperar con la ODECA, los gobiernos de Centro América y toda clase de entidades para que el centenario revista la más grande y fervorosa solemnidad.

No podemos terminar sin reproducir el siguiente párrafo del artículo que en el bautizo del Partido Unionista Centroamericano —15 de septiembre de 1899— leyó en la Universidad de Guatemala el eminente pensador Manuel Valle:

"El brillo de las bayonetas que señala el faro de los ejércitos, más allá del Paz, del Lempa y del Nacaome y sobre las largas y desiertas márgenes del San Juan, acudiendo del Occidente y del Sur en defensa de la Nacionalidad; los impetuosos arranques de J. Víctor Zavala en frente del peligro; y la tea siniestra levantada por el brazo terrible del Erizo en la noche en que fuera aurora de su gloria: todo eso eres tú, y por eso bendicen eternamente tu nombre las ondas del Gran Lago, heroica Patria!"

La ODECA y el territorio en litigio

Escribe: *Gabriel URCUYO GALLEGOS*

(En Rep. Amer.)

La experiencia, el adelanto técnico, y el tiempo mismo son factores que pueden invocarse al sugerir una solución para este viejo problema común a Centro América. El ambiente de centenarios centroamericanistas por celebrarse es propicio no sólo para el recuerdo de nuestro común destino sino para la efectividad que debe cobrar el honor a tales recordatorios. La ODECA como un organismo internacional cuyas finalidades de intercomprensión entre estos pueblos nos señala un camino de salvedades comunes, debe intentarlo, ya que es una esperanza más en el largo recorrido que hasta la fecha se ha hecho por reintegrar la patria centroamericana. Ni por los antecedentes, ni por el mismo escenario político centroamericano debe considerarse el planteamiento de esta sugerencia como algo utópico si realmente se aspira a darle un sentido altamente patriótico a la cuestión. Al lanzar esta idea lo único que pretendo es hacerlo

con ánimo justamente centroamericanista sin aspirar a una polémica.

Recuerdo que en este sentido se pronunció una vez un ilustre nicaragüense de grandes méritos reconocidos internacionalmente como fué el Dr. Rodolfo Espinoza R. quien sustentó la tesis de que este territorio fuera cedido a El Salvador para que este industrioso país obtuviera de ese modo su salida al Atlántico. Hoy día se puede ampliar este pensamiento ya que la experiencia nos ha demostrado en tanto años que ambos países no han podido ni agradecerse, ni llevar a un grado de mayor civilización tal parcela centroamericana. Mas bien la negación a una confraternidad ha servido para lastimar de cuando en vez las relaciones entre ambos países. La Providencia nos está llamando a entregarlo a quien legítima y políticamente debe pertenecer: Centro América.

(Concluye en la pág. 137)